

CUANDO Eduardo y yo nos casamos, fuimos a vivir al pueblo.

Parece grabada para siempre en mi mente y en mi corazón, nuestra risueña casita, con su prado siempre verde al frente y su rejita de madera cubierta por frondosa enredadera.

A un lado de la puerta, la flamante placa: Eduardo Escudero. Médico cirujano.

¡Con qué orgullo contemplamos las letras negras sobre el fondo brillante de cobre pulido! En la pieza del frente, el consultorio inmaculadamente blanco, con sus cortinillas de muselina a falta de vidrios opacos. Tijeras y pinzas, sondas y bisturíes se destacaban cuidadosamente alineados en la pequeña vitrina con entrepaños de cristal y sobre el escritorio, la pulida calavera con las oscuras cuencas vacías y los dientes amarillos increíblemente grandes.

Muebles de mimbre en la salita de espera; sobre la mesilla, revistas atrasadas y un ramo de rosas frescas destinadas a alegrar el corazón de quienes esperasen alivio a sus males de las manos milagrosas del médico nuevo.

Al principio, la sala de espera permanecía desierta, acogedora y limpia, invitando a pasar, pero desde que enfermó de difteria nuestro pequeño vecino y Eduardo tuvo el acierto de devolverle la salud, fueron llegando los enfermos uno a uno, con curiosa ansiedad primero, confiados y serenos más tarde.

Después de unos meses, nuestra vida empezó a no ser ya tan nuestra: en lo mejor de la velada, cuando mi marido leía cómodamente arrellanado en su sillón predilecto, puestas las zapatillas y la bata de casa y cuando yo gozaba en silencio de su compañía, venían a llamarlo.

El nunca se negó a ir. Con admirable prontitud, cambiaba de ropa, tomaba el petate y salía.

Minutos y horas interminables de espera. Más de una lágrima me costaron sus salidas imprevistas. Al principio, miedosa, le esperaba temblando con los ojos abiertos y la respiración anhelante. Un ruido en la calle, rumor de voces: —¡Es él!— y corría ansiosa hacia la ventana. Mas... eran los vecinos que regresaban del cinematógrafo.

Cuando al fin llegaba, arrojábame en sus brazos llorando, en tanto que él me reñía dulcemente: —¿Por qué te casaste con un médico? Tienes que ser valiente.

Y lo fui en efecto. Poco a poco, aprendí a esperar. Horas enteras de soledad, bajo la media luz de una veladora, hablando conmigo misma, proyectando imposibles como asistir el sábado al té de caridad que organizara el club, o cuando menos al cine.

Y aprendí algo más: a renunciar a mis gustos y diversiones.

¡Cuántas veces permanecí en la sala vistiendo mi mejor traje, pulidas las uñas y peinados para baile los cabellos! Y allí fue la velada, sola, esperando.

Cuántas otras salimos de ver una película en lo mejor de ella, y quedaba yo en el coche, en algún barrio apartado, esperando.

La prueba más dura fue la noche en que nació Miguelito.

Desde la mañana, sentí un raro malestar y, acostumbrada a no llamar la atención de mi marido por mis pequeños achaques, no le dije nada; además, no era la fecha en que esperábamos que el niño llegaría.

Vinieron a buscarle para ir a una ranchería, a varias horas de camino del pueblo; se trataba de un herido grave y él no se iba a negar. Fue después de la cena.

Para entonces, unos dolores cortos se clavaban en mi cintura, pero confiando en que el niño llegaría dos o tres semanas más tarde, lo atribuí a cansancio, a nervios; en fin, a una indisposición pasajera.

Sin embargo, a las dos de la mañana los dolores se hicieron más intensos. No tenía familiares en el lugar y no se me ocurrió molestar a nadie en esa hora.

A las seis, comprendí que el viajero se había adelantado y que no podía esperar. Me acerqué al teléfono y llamé a una amiga de mi madre, única persona que podía ayudarme en ausencia de mi marido.

Cuando Eduardo llegó, ya Miguelito reposaba en su cuna.



NO PUDE

Desde entonces, fue menos desesperante mi vida; el niño ocupaba la mayor parte del día y no me sentí ya tan sola.

Dos años después, nació Ana Luisa y al cabo de cinco, ya éramos seis. Fue un gran acierto que Dios me enviara a los niños, pues a medida que los años transcurrían mi marido me pertenecía menos. Días en que no lo veía sino a la hora de comer.

Esperar, esperar siempre el momento de verle, de conversar con él sobre tantas cosas nuestras.

Cuando los niños empezaron a ir a la escuela, volví a tener la misma sensación de soledad desesperante, pero fue durante unos días. Después, volví a esperar, esperar siempre.

A veces, Eduardo regresaba menos tarde, pero era tal su aspecto de cansancio que no me atrevía a decirle nada. Apoyaba la cabeza sobre mis rodillas y se tendía en el sofá con los fatigados párpados cerrados. Canas precoces comenzaban a nevar sus sienas.

El es mio, mio —pensaba— pero ¡qué lejos está de mí! Lo absorben, lo arrastran, lo aniquilan. Se lo llevan con lágrimas, con ruegos y me lo devuelven fatigado y con una honda arruga de preocupación en la frente.

Cuántas veces me decidía a contarle algo respecto a los niños, sin trascendencia, que lo distrajera un tanto, y cuando creía que al fin su pensamiento era mío: —No cabe duda que se trata de un tétanos —decía— ¡pobre familia!

En esos momentos, no sabía si rebelarme o admirarle. Durante años, no escuché de sus labios un cumplido; parecía como si yo no existiera y sin embargo sé que era todo para él, que éramos su mundo sentimental los niños y yo, pero aquella otra familia de necesitados, aquel mundo de angustias y dolores fue siempre nuestro victorioso rival.

Y una mañana, “los niños” se fueron a la universidad y nos quedamos solos; es decir, quedé yo. El sentía sobre sí el peso de la ausencia mas no tenía tiempo de pensar en ello. Soñaba en que nues-



ESPERAR

Cuca MASSIEU

tros hijos tuvieran lo mejor y, ante la seguridad de que no carecía de nada, de que eran felices, su pena era muy llevadera.

—Cuando vuelvan, serán médicos —decía— y Ana Luisa, una culta mujercita.

Y volví a esperar, pero ahora con un gran peso en el corazón. Todas las semanas recibía carta de mis hijos: jugaban fútbol, nadaban, progresaban en los estudios, nos echaban mucho de menos. Ana Luisa, más tierna, quería regresar pues pensaba mucho en mí.

Cuando vinieron por las vacaciones, estaban muy hermosos y crecidos, tanto que me sentí pequeña ante ellos, pequeña y tonta, pero ellos parecían tan felices que comprendí que valía la pena el sacrificio y seguí esperando. Ahora, eran cinco ausencias que me dejaban vacío el corazón.

Muchas veces pensé hablarle a Eduardo, pedirle apoyo, amparo en mi angustia moral, pero comprendí mi egoísmo: ¿qué valen los sentimentalismos de

una mujer ante un mundo que se debate entre el dolor y la muerte?

No, él era médico. Su vida, su amor, su inteligencia, no le pertenecían. Era yo quien debía cambiar.

Una vez me miré al espejo: mis sienes eran de espuma, pequeñas arrugas se insinuaban en los párpados. ¡Habían pasado muchos años! Una vida de espera.

Por ese tiempo, regresaron nuestros hijos. Sólo Ana Luisa y Jaime se quedarían: Miguel prefería establecerse en la capital, necesitaba horizontes más amplios, el pueblo le ahogaba. Ricardo, el menor, obtuvo una larga beca para los Estados Unidos. Estaría ausente cinco años.

Unos meses más tarde, Ana Luisa fue pedida en matrimonio y, antes del año, Jaime se casaba también.

Ahora sí estaba sola; sola con mis sueños de jovencita para siempre idos, sola con mis aspiraciones

de mujer ahogadas en horas de angustiosa soledad. Me quedaba él o, más bien, lo que de él me dejaban: los pocos minutos que dedicaba a tomar un bocanudo, a cambiarse de ropa, el adiós apresurado, el beso fugaz sobre mi frente. Pero estaba allí aunque no le viera, en el pequeño consultorio blanco. Oía su voz afectuosa: —¿Cómo amanecemos hoy, amiguito?—. Y la respuesta infantil, dulce y confiada, balbuceando no sé qué absurdos silabeos.

Allí estaba, le oía hablar, moverse, cerrar la puerta. No estaba sola. El vendría a comer, quizá hasta reposaría unos instantes su cabeza sobre mis rodillas. Había que esperar.

Y esperaba una hora, dos, anhelante como en los primeros meses de matrimonio, sólo que ya no me echaba en sus brazos llorando: ahora, apoyaba la cabeza unos segundos sobre su pecho para escuchar el latir del corazón, rítmico y fuerte.

Desde hace algún tiempo me siento mal. Es algo como una angustia que me oprime el pecho y me deja en el vacío por no sé cuánto tiempo. Después, el golpear frenético del corazón que me martillea las sienes. Mi aspecto debe haber cambiado bastante pues Eduardo se ha fijado en ello y ha prometido: —Nos tomaremos unas vacaciones, estás fatigada. Iremos a la orilla del mar; creo que bien lo merecemos después de tantos años de trabajo.

—¿Será posible que me pertenezca durante diez, quince días por entero? ¡Ah, el mar, cuánto soñé con él desde pequeña!

Al casarnos, se proyectó un viaje para todos los veranos. Entonces anhelaba lucir un lindo traje de baño rojo que exhibían en la mejor tienda del pueblo y sandalias de colores vivos: dorarme la piel bajo el ardiente sol tropical. Ahora sólo pensaba en él, en tenerlo cerca, recibir sus atenciones, sentirlo mío; pero tenía que esperar.

Aquella mañana dejé tarde el lecho. Eduardo había salido ya.

Una sensación de completa laxitud me invadía, así como un deseo incontenible de descanso. Volví a la cama sin probar el desayuno y allí permanecí quieta sin mover un solo músculo del cuerpo, pensando. Sin saber porqué, empecé a recorrer mentalmente mi existencia: me veía niña, en el rancho de mis padres, con los rubios cabellos sueltos, trepando a los árboles para coger guayabas verdes. Más tarde, vistiendo mi único traje de fiesta para asistir a la repartición de premios de la escuela. Entonces toqué una pieza de piano. ¡Cómo se enorgullecía mamá con mi actuación! Arreglaba mis rizos y me besaba en las mejillas... Después, el gran día: mi boda con Eduardo y desde entonces, esperar.

De pronto, algo así como la luz de un relámpago hirió mi mente y tuve una certidumbre clara y precisa que me estrujó el corazón llenándome de angustia infinita, negra y desesperada: ¡la muerte!

Yo iba a morir.

—¡Eduardo, Eduardo! ¿Qué iba a pensar a su llegada? Yo no podría explicarle, no podría explicarle nada nunca, nunca más, y ¡tanto como tenía que decirle, tanto como se acumula en treinta años!

Yo no estaría en mi sillón, bajo la pálida luz de la lámpara. No estaría ya. Con los ojos cerrados y apretando los dientes, intenté incorporarme, la cabeza me daba vueltas; un sudor frío y pegajoso se untaba a mi cuerpo. Con un esfuerzo supremo, logré ponerme de pie, di un paso, luego otro. Mis manos enloquecidas buscaban apoyo, a mis oídos súbitamente torpes llegaba confusamente el ruido de objetos que caían de los muebles. Las piernas se me hicieron de plomo y una angustia mortal me subía a la garganta.

Tenía que llegar. Si no podría hablarle a su regreso, si no podría decirle cuánto sentía el dejarlo solo, tenía al menos que llegar al sitio de costumbre, sentarme como todos los días: quizá él llegase...

No supe cómo encontré al fin mi camino y me hallé sentada en mi sillón: mis dedos tambaleantes encendieron la luz. Ya estaba allí, me encontraría en el sitio de siempre, pero violenta, imperiosa, incontenible, volvió la sensación de inercia y el infirmito deseo de descanso. Me encontrarás Eduardo, pero ya no estaré aquí... perdóname... ahora no podré... no podré esperar.